

RAMÓN GARCÍA PIÑEIRO

*Luchadores del ocaso. Represión, guerrilla y violencia política en la Asturias de la posguerra (1937-1952)*  
Oviedo, KRK, 2015, 1157 pp.

La derrota republicana en la Guerra Civil consumada en el mes de abril de 1939 no siempre supuso el final de las operaciones de resistencia armada contra el régimen franquista vencedor. Muy al contrario, al menos hasta el año 1952, pervivió en muchas zonas una actividad opositora de distinto grado de violencia que tuvo diversos protagonistas más o menos bien avenidos y mezclados: primero los «huidos» o «emboscados» (milитantes republicanos atrapados en zona enemiga ya durante la guerra), luego los «guerrilleros» (los vencidos que se negaron a entregar las armas ya a partir de 1939) y finalmente los llamados «maquis» (en su mayoría militantes que regresaron del exilio francés entre 1944 y 1945 con la idea de repetir en España el éxito insurreccional logrado en el país vecino).

Como es lógico, la historia de ese fenómeno guerrillero ha sido contada de manera muy diferente por la historiografía, según las simpatías o antipatías del cronista. Al menos hasta muy recientemente.

Así, por ejemplo, para los historiadores profranquistas, como el teniente coronel de la Guardia Civil Francisco Aguado Sánchez, autor de uno de los primeros estudios solventes sobre el asunto (*El maquis en España*, Madrid, Editorial San Martín, 1975), eran básicamente bandoleros y malhechores guiados por su incultura, su odio y su ingenuidad política suicida. Y el resultado de su reproable actuación solo habría cosechado la muerte de 953 civiles inocentes, 257 guardias civiles, 27 soldados y 23 policías que cumplieron con su deber combatiendo sus actividades delictivas. Como contrapartida, esas fuerzas guerrilleras sin ninguna justificación política habrían pagado un precio de sangre considerable: 2.173 guerrilleros muertos, 3.400 capturados o arrestados y 19.444 cómplices detenidos y procesados. En esta misma línea interpretativa cabe mencionar los trabajos anteriores de un historiador y guardia civil (Eduardo Munilla Gómez, en 1968) y de otro historiador y policía (Tomás Cossías, en 1956).

La respuesta de la oposición antifranquista a ese relato denigratorio y adverso tuvo su primera versión significativa en la crónica escrita en el exilio por el historiador comunista Andrés Sorel (*Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX*, París, Ebro, 1970). La obra de Sorel ofrecía la otra cara de la moneda y presentaba a la resistencia armada guerrillera como una labor heroica, humanamente comprensible y políticamente legítima a pesar de sus fracasos postreros. El mismo tenor admirativo se advierte en el trabajo de Carlos J. Kaiser (*La guerrilla antifranquista*, Madrid, Ediciones 69, 1976), que es una réplica explícita al trabajo de Aguado Sánchez y reivindica la condición de «guerrilleros» de los supuestos «bandoleros» porque eran «hombres que, fundamentalmente movidos por un ideal político, combatieron en contra del Gobierno» de una dictadura ilegítima.

Entre esos extremos alternativos interpretativos ha venido fluctuando la historia de la guerrilla española antifranquista hasta hace bien pocos años, cuando la lenta labor historiográfica de búsqueda, recuperación, análisis e interpretación de un vasto y diverso cuerpo documental y testimonial ha permitido ofrecer una panorámica más rica, profunda y compleja del fenómeno en su conjunto. En este campo, obras cimeras como la de Secundino Serrano (*Maquis: historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2002) ocupan un lugar privilegiado por su grado de ecuanimidad, apoyatura documental y testimonial, densidad interpretativa y hasta elegancia discursiva.

Dentro de esta corriente historiográfica renovadora y solvente cabe situar el reciente trabajo firmado por el historiador asturiano Ramón García Piñeiro (Sotrondio, 1961), autor de un ya considerable acervo de estudios sobre la Asturias del siglo XX muy relevante: *Los mineros asturianos bajo el franquismo* (Madrid, Fundación Primero de Mayo, 1990) y *Mineros, sindicalismo y huelgas. La Federación Estatal Minera de CC.OO.* (Oviedo, KRK, 2008). Se trata de una exhaustiva y completa historia de la guerrilla antifranquista en Asturias desde la caída del frente norteño en plena guerra civil en octubre de 1937 y hasta su disolución por agotamiento y extinción en torno al año 1952.

Como demuestra García Piñeiro más allá de toda duda razonable, el fenómeno guerrillero antifranquista tuvo en Asturias una importancia muy destacable y crucial por razones bien poderosas. Ante todo, porque existía una base de apoyo popular soterrada en virtud de las simpatías por la izquierda mayoritarias en la región, sobre todo en las cuencas mineras centrales (zona de mayor localización de la actividad guerrillera, junto con las cumbres de la Cordillera Cantábrica). En segundo orden, porque existía un grupo muy activo de militantes antifranquistas que tenían mucho que perder si caían en poder del enemigo (razón de la huida y emboscamiento inicial de hasta 15.000 personas en octubre de 1937, aunque las cifras de guerrilleros activos acabarían siendo de poco más de medio millar en los años cuarenta). Finalmente, porque «ninguna región de España ofreció a los emboscados de posguerra unas condiciones de subsistencia tan propicias como Asturias» (p. 427): intrincada orografía y densidad de manto vegetal que favorecía el escondite y dificultaba su localización y persecución.

En todo caso, la guerrilla asturiana trató de ser y actuar como «un remedo de Ejército popular, pero sin intendencia e incrustado en un territorio controlado por su adversario» (p. 445). Y consiguió solo a medias sus objetivos porque siempre fue, sobre todo, una opción forzada más que voluntaria, muy poco apoyada por el exterior («las armas y la munición fueron sus principales carencias») y solo sostenida por una red de familias, camaradas y simpatizantes muy castigada y vigilada. Por eso mismo su actuación acabaría estando «reducida a poco más que la defensa personal y la supervivencia» (p. 446).

El trabajo de García Piñeiro revela de manera incontestable que la guerrilla asturiana fue un fenómeno ciertamente notable y muy importante en el plano nacional y no solo por su número de efectivos (ese medio millar largo de activistas destaca en el conjunto de no más de 7.000 guerrilleros en toda España a mediados de los años cuarenta). Si Aguado Sánchez reconocía que 148 de los 953 «asesinatos» de civiles cometidos por los guerrilleros en toda España entre 1943 y 1952 habían tenido lugar en Asturias (el 15% del total),

García Piñeiro demuestra que la cifra exacta en ese periodo fue de 190 víctimas. Aún más: «La inclusión de las ejecuciones realizadas entre noviembre de 1937 y diciembre de 1942 elevaría el saldo de víctimas mortales a 339, una cifra sin parangón en el resto de España» (p. 651).

Por supuesto, esa actividad de «asesinatos/ejecuciones» solo fue una parte de las tareas desarrolladas por los guerrilleros, que incluyó también operaciones de sabotaje en infraestructuras, imposición de multas, confiscación de bienes y aplicación de castigos, además de enfrentamientos con los guardias civiles, policías y soldados movilizados en su persecución por el régimen franquista. El resultado final fue todo menos fructífero para los huidos y guerrilleros asturianos: «casi todos sucumbieron de forma violenta, por conflictos internos, traicionados, en combate, pasados por las armas o agarrotados», en tanto que unas 5.000 personas fueron encartadas en procesos judiciales por actividad de apoyo a la guerrilla en calidad de enlaces y colaboradores: más del 8% de las 60.000 detenidas en España por este motivo (p. 996).

A pesar de la innegable empatía moral que trasluce su trabajo sobre la guerrilla, García Piñeiro no omite, en absoluto, los testimonios contrarios a la imagen mitificada y heroica construida por la historiografía militante de la izquierda. En gran medida, porque la documentación disponible permite apreciar que los propios guerrilleros no ocultaban su penosa situación y eran muy conscientes de sus limitaciones. A modo de ejemplo, en septiembre de 1948, poco antes de lograr una evacuación masiva de casi treinta guerrilleros socialistas por mar, el líder guerrillero José Mata reconocía ante la dirección exiliada en Francia una realidad incontestable: los guerrilleros, «lanzados a un sacrificio estéril y sin remedio», eran ya solo «retoños alucinados por el espejismo de lo novelesco, los cuales creyeron fácil el trabajo» (p. 155). No menos cruel era el diagnóstico ofrecido por un emisario del Partido Comunista que informó sobre la situación en Asturias en 1953, cuando la guerrilla era ya un fenómeno en descomposición irreversible: «un grupo de hombres que hace vida en la montaña desligados de la clase obrera y el pueblo, sin conocer ni preocuparse de sus problemas, sin

preocuparse de su formación política e ideológica, es decir, sin hacer vida política, y teniendo como único objetivo o, al menos el fundamental, la lucha por la vida, llegan a degenerarse y a transformarse poco menos que en bestias en cuanto a los instintos» (p. 333).

En resolución, estamos ante una gran obra que recoge puntualmente y con precisión los nombres, perfiles, contextos y avatares de unos hombres (y algunas mujeres) azotados por un destino trágico y que llegaron a constituir, como recordaba hace tiempo Paul Preston (prólogo a Francisco Moreno, *La resistencia armada contra Franco*, Barcelona, Crítica, 2001), «una constante molestia para el régimen franquista». Pero que tampoco fueron nunca «una amenaza para la dictadura». En realidad, siempre según Preston, porque la guerrilla, también en Asturias, fue mayormente «la única respuesta posible a la represión franquista», más que una opción estratégica y militar viable después de la derrota de abril de 1939. Por eso, «a largo plazo, la guerrilla estaba condenada al fracaso». De ahí su tragedia y su ocaso. De ahí también lo fascinante de su penosa historia.

Enrique Moradiellos

JOAN M. THOMÀS

*La batalla del wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*, Madrid: Cátedra, 2010, ISBN: 978-84-376-2659-8

La historiografía de las relaciones bilaterales durante la segunda guerra mundial y la inmediata posguerra ha estado contaminada desde sus orígenes por la fuerte polémica surgida al calor de los acontecimientos en Estados Unidos. Entonces, un sector de la sociedad americana, coincidente a grandes rasgos con aquel que había defendido la causa de los derrotados en la guerra civil española (y criticado la actitud de Washington respecto al conflicto), se opuso airadamente a cualquier signo de acomodamiento entre su país y el régimen franquista. Tres fueron los asuntos que concentraron sus críticas a la política española de los Estados Unidos durante la guerra: la estrategia a seguir respecto a los servicios prestados por el régimen franquista al aparato de guerra alemán, singulari-

zados en las negociaciones para frenar la exportación de wolframio español a la Alemania nazi; la actuación ante la cuestión de los expatriados europeos que buscaron refugio en España tras la ocupación alemana de la Francia de Vichy (asunto especialmente sensible conforme se intuía el Holocausto); y, vinculada a las dos anteriores, el desempeño del historiador Carlton J.H. Hayes como embajador entre mayo de 1942 y enero de 1945. Escritores y protagonistas de la política americana hacia España durante el periodo dieron lugar a un carrusel de publicaciones donde el tono autoexculpatorio y de vendetta personal fue el denominador común (HAYES 1945, 1952; PLENN: 1946; HUGHES: 1947; FEIS: 1948; FOLTZ: 1948; BEAULAC: 1951). El clima de histeria anticomunista en la Norteamérica de comienzos de la Guerra Fría contribuyó a cerrar en falso el debate editorial ante la retirada de la escena de los más críticos con la política de Washington. Por su parte, en España el aparato propagandístico del régimen alumbró varias obras donde se exponía la versión oficial de los hechos en plena campaña por conseguir la aceptación de Washington (AREILZA, 1947; DOUSSINAGUE, 1949).

Los primeros trabajos realizados desde la praxis histórica surgieron en Estados Unidos a rebufo de la publicación de los volúmenes correspondientes de la serie de documentación diplomática Foreign Relations of the United States, editados por la Oficina del Historiador de Departamento de Estado. Las investigaciones pioneras de John Wilson (1969, 1972), Allan Watson (1971), James Cortada (1971, 1973) y el recientemente fallecido Charles Halstead (1974, 1975) añadieron a los materiales proporcionados por el FRUS la escasa documentación diplomática británica disponible en aquel entonces, así como la consulta de algunas colecciones personales, entre las que destacaba la de Carlton Hayes. Estos trabajos centraron su atención en los tres grandes debates señalados anteriormente, si bien rebajaron el tono revanchista que caracterizó las memorias y panfletos de la inmediata posguerra. Los trabajos de Willson y Halstead prestaron especial atención a la actuación de Carlton Hayes y su labor hacia los expatriados europeos, mientras que Wattson y Cortada (este último particu-